

Brasil

“El gobierno Lula habla muy bien para los pobres, pero garantiza la buena vida a los ricos”

Ricardo Antunes

[Ricardo Antunes es uno de los sociólogos del trabajo marxistas más prestigiosos de Brasil. Enseña en la Universidad de Campinas, ciudad del Estado de Sao Paulo, a unos 90 km de esta megalópolis; es uno de los grandes centros universitarios del Brasil. Ricardo Antunes trabaja estrechamente con el MST, Conlutas y la Intersindical. Es miembro del PSOL, pero afirma su independencia. La entrevista que publicamos, a partir de la traducción al francés de la revista à l'encontre www.alencontre.org, ha sido realizada por la economista Valeria Nader, con la colaboración de Gabriel Brito, para el semanario Correio da Cidadania www.correiodacidade.com.br, fundado y luego animado por Plinio Sampaio Arruda, una figura histórica de la izquierda brasileña].

Pregunta: El Parlamento Federal ha aprobado el pasado 11 de marzo un proyecto de ley 1990/07 que reconoce legalmente a las centrales sindicales en tanto que entidades generales de representación de los trabajadores. Esto ha sido considerado por ciertos sectores de izquierda como un avance, en la medida en que las centrales adquieren así la personalidad jurídica, que les asegura la autonomía en el derecho a representar legalmente a los trabajadores. ¿Cuál es su opinión?

Ricardo Antunes: Las centrales sindicales no tienen necesidad de legalización para existir. La CUT (Central Unica de los Trabajadores) existe desde 1983, Fuerza Sindical desde 1991 y las demás centrales tienen también ya una cierta edad. Pero la legalidad de las centrales no es negativa. En cierto sentido, es incluso positiva: imaginemos una situación política diferente de ésta en la que se tuviera un gobierno dictatorial. La ilegalidad de la central sería siempre un pretexto para su eliminación.

Pero no es aquí donde reside el mayor problema, sino más bien en el hecho de que con la legalización de las centrales sindicales, se ha aprobado igualmente el principio del cobro de la cotización sindical obligatoria. Ahí, la tragedia es completa.

Porque, como si el carácter nefasto de este cobro obligatorio no bastara, las centrales sindicales vienen ahora a promover un avance aún mayor en el proceso de "enganche" de los sindicatos al Estado. Recordemos que este "cobro sindical obligatorio" fue instaurado por el *getulismo* [sustantivo formado por el nombre de Getulio Vargas que fue presidente de Brasil de 1930-45 y de 1951-54] a finales de los años treinta, a fin de garantizar que los sindicatos tuvieran una vitalidad econó-

mica independientemente del número de sus miembros; de esta forma, sindicato, federación y confederación recibían un jugoso dinero por parte de los trabajadores.

Este "enganche" es ya evidente por la existencia del FAT (Fondo de Apoyo al Trabajador), por la cooptación gubernamental, y ahora por el "cobro sindical obligatorio". Las centrales se encuentran prisioneras del Estado, en una especie de refuerzo del *neopeleguismo* [los sindicatos "pelegos" eran sindicatos controlados por el Estado. Servían para controlar a los trabajadores de las grandes empresas. El pelego hace referencia a la manta que se pone entre la silla y el caballo, a fin de amortiguar los choques] de la era de Lula. Si bajo el *getulismo* existía un *neopeleguismo* sindical, ahora las centrales sindicales entran de lleno dentro, sin haber siquiera intentado oponerse a él. La única tendencia o central sindical que se manifiesta claramente contra esto es el reagrupamiento Conlutas. No se si la Intersindical ha hecho algo, pero de todas formas, ésta no funciona como central sindical.

El proceso de cooptación de los sindicatos por el Estado, y consiguientemente su estatización, ha dado un gran paso adelante. Está ahí, en mi opinión el aspecto más nefasto.

P.: ¿No va esta legalización en una cierta medida también a reforzar el carácter de centralización del poder en la cúspide del sindicalismo?

R. A.: La legalización en sí misma no. El proyecto de reforma sindical del final del primer gobierno, que felizmente no ha sido aprobado, tenía un aspecto "cupulista" claro, en la medida en que estaba definido en él que cuando existiera más de un sindicato en un sector dado, sería la dirección nacional sindical la que por delegación designaría al sindicato responsable. O por decirlo más claramente: la reforma vaciaba de toda sustancia la base de los sindicatos y reforzaba a las cúspides.

Pero hay un segundo elemento importante y cierto. Está claro que en el proceso de legalización de las centrales sindicales, el gobierno Lula las ha cooptado. Por otra parte, es muy extraño. Tiene hoy en sus manos la CUT y Fuerza Sindical. Fuerza Sindical que era la oposición de centro-derecha, con un perfil más neoliberal al comienzo del gobierno, participa hoy activamente en el Ministerio de Trabajo.

P.: En definitiva ¿estamos ante una medida más de cooptación social adoptada a escondidas por este gobierno?

R. A.: Está claro. Sin embargo, no es la legalización la que lleva a ello. Lo que lleva a ello es, entre otras cosas, el refuerzo de los órganos de dirección por la introducción del "pago sindical obligatorio", porque ahora tanto la CUT como Fuerza Sindical y la Nueva Central Sindical de los Trabajadores (NCST) no dependen ya de cotizaciones en función de sus miembros.

Además de los fondos del FAT y de todos los medios puestos a la disposición de las centrales sindicales por el gobierno Lula, éstas van ahora a engullir legalmente el 10% del montante de las contribuciones sindicales. Es mucho dinero.

P.: ¿La porción que se llevarán las centrales es pues mayor que antes?

R. A.: Si, y esto refuerza la disyunción, la separación que existe entre la base y la cúpide, porque la cúpide tendrá dinero, y dinero estatal. Eso le empuja (a la cúpide) a ser más dependiente del Estado y a perder la distancia que mantenía respecto a él. Es el fin de lo que ha habido de más legítimo y de más vigoroso en la CUT en toda su historia: en los años 1980, era una central sindical que poseía una muy fuerte representatividad en la base obrera brasileña, tanto ante las y los obreros industriales, asalariados medios, trabajadores del sector público o trabajadores rurales. Tenía un enraizamiento fuerte en la clase obrera brasileña. En la medida en que este enraizamiento no existe ya y que se hace dependiente de los recursos del Estado, la CUT avanza en su proceso de verticalización, de burocratización, de institucionalización y de estatización.

Está claro igualmente que en el gobierno Lula hay una estrategia clara: fortificar las centrales por la cúpide para tenerlas siempre como masa de maniobra, asegurando así al gobierno un cierto anclaje social. Lo que es trágico, es que estas dos centrales, que todavía en los años 1990 ni se cruzaban por la calle, marchen ahora cogidas de la mano.

P.: ¿Piensa usted que Conlutas y la Intersindical (corriente de izquierdas en y fuera de la CUT), centrales surgidas más recientemente para, se puede suponer, retomar la combatividad perdida de la CUT puedan jugar algún papel efectivo en el contexto histórico actual, semejante a que fue el de la CUT?

R. A.: Seguramente Conlutas y la Intersindical pueden jugar un papel muy positivo, pero no semejante al que fue el de la CUT. Porque la CUT nació en un proceso muy particular de luchas sociales en Brasil. Digo a menudo que el decenio de los años 1980 fue el más importante para las luchas sociales en Brasil, desde los años 1960. Con, en un cierto sentido, incluso un nivel de luchas superior a los años sesenta. Basta con ver que nacieron en los 80 el PT, en 83 la CUT y en 84 el MST, en paralelo con una explosión de huelgas en el país entero, entre ellas cuatro huelgas generales. Hemos tenido en los años ochenta un nivel de huelgas de los más fuertes del mundo. Es decir que fue un decenio de avances para las luchas sociales de todas y todos los asalariados.

Está claro que el nacimiento de las dos centrales, Conlutas y la Intersindical, veintitantos años después, se hace en un contexto de reflujo, de desorganización de la izquierda brasileña, con un PT dividido y que se transforma completamente en un partido del orden. El partido acaba de decidir, el 24 de marzo, que si llegara el caso, no están excluidas las alianzas con el PSDB [*Partido Socialdemócrata Brasileño, la derecha burguesa representada por Fernando Henrique Cardoso, antes de la presidencia de Lula*] y la derecha más dura.

Quiero decir que el nivel de compromiso al que ha llegado el PT indica el nivel de gangrenamiento de la izquierda. Y la CUT, que era sin embargo la heredera de una parcela importante de la izquierda sindical, se ha inclinado también recientemente. El Partido Comunista del Brasil, una componente de la izquierda que apoyaba hasta hace poco a la CUT, ha salido recientemente de la central.

Así pues, hoy tenemos Conlutas, más cercana del PSTU (Partido Socialista Unificado de los Trabajadores) y de sectores del PSOL (Partido del Socialismo y de la Libertad), así como otras fuerzas independientes de otros partidos o agrupamientos más pequeños. Tenemos la Intersindical, también con sectores ligados al PSOL, otros que han salido del PT y no tienen lazos partidarios, otros que han salido de la CUT e incluso la Corriente Sindical Clasista, que estaba ligada al Partido Comunista del Brasil.

Es decir, la situación es doble. De un lado, es una situación más desfavorable, puesto que estamos comenzando a poner juntos los trozos que quedan de la izquierda sindical para intentar tener una cierta "autenticidad", un nivel de organización que nos haga capaces de avanzar. Pero es el polo representado por Conlutas y por la Intersindical el que fundamentalmente ha hecho oposición al gobierno de Lula en todas sus tentativas de reformas, o mejor, de contrarreformas: reforma de la seguridad social, de las jubilaciones, hasta el intento de reforma sindical del final del primer mandato.

Esta oposición es también reforzada por el MST que por su parte lleva los golpes de otra manera. Organiza ocupaciones, lucha por la reforma agraria, lucha contra la producción de transgénicos, contra las transnacionales, pero se encuentra en una posición política difícil, debido a la relación tensa que mantiene hoy con un gobierno contra el que no realiza una oposición frontal, pero al que tampoco se suma completamente.

El MST reconoce que el gobierno Lula es diferente del de Fernando Henrique en lo que se refiere a la criminalización de las luchas sociales. Pero si se le quita eso, todo lo demás es semejante. El volumen de las ocupaciones de tierras no se ha modificado. La diferencia es que el gobierno Lula no quiere un MST en la oposición, y que lleva en lo que le concierne una política "del grifo que gotea".

P.: Esta situación, ¿no termina siendo muy desmovilizadora?

R. A.: Está claro que si el MST no organiza tantas ocupaciones, saldrá más agua de grifo y que si el MST avanza, la tendencia será entonces a cerrar el grifo [*el MST debe alimentar a decenas de miles de campesinos que esperan tener tierras y que están en campamentos*]. Pero como el gobierno Lula no quiere un MST en franca oposición, porque entonces perdería una importante base social, acaba evidentemente por hacer algunas concesiones que no deseaba, de hecho, en vez de hacer concesiones al *agrobussines*.

El reagrupamiento de Conlutas y la Intersindical representa pues en un marco como éste, un polo de resistencia del sindicalismo de izquierdas, de donde nacerá el embrión de una tendencia. Como la coyuntura es muy diferente, ese polo no tendrá el peso que tuvo la CUT, que nació casi como una central única. Recordad que su nombre quiere decir: Central Única de los Trabajadores. Pero no nació central única porque una parte del "peleguismo" no entró en ella y los partidos comunistas tradicionales tampoco. En aquella época, el Partido Comunista Brasileño (de origen pro-

soviético) y el Partido Comunista del Brasil (de origen prochino) crearon el Conclat (Congreso de las Clases Trabajadoras) y luego siguieron caminos diferentes.

Pero podemos decir que la CUT nació como la central única de una parte importante de los movimientos sociales, de las luchas sociales y de diferentes sectores de la izquierda brasileña.

Conlutas y la Intersindical tienen en este sentido una dimensión mucho más pequeña, pero son un polo de resistencia importante, y tienen ciertamente la capacidad de incorporar sindicatos importantes. Basta con decir que Conlutas tiene un sindicato fuerte en dos fábricas metalúrgicas de peso en Sao José dos Campos, que es muy apto para emprender acciones y combativo, y que la Intersindical tiene una representación importante en la metalurgia en Campinas.

Digo a menudo que son los dos sindicatos más importantes en llevar la lucha social y política en el país, y, lo que es lo más difícil, lo hacen en oposición al gobierno de Lula. Hay que decir que ese gobierno está muy articulado, es un gobierno que habla muy bien para los pobres, pero que garantiza la buena vida a los ricos. Y eso crea una situación muy difícil, porque, en general, los gobiernos burgueses, por su parte, hablan para los ricos, gobiernan para los ricos y no dialogan con los pobres.

P.: Has mencionado el hecho de que la reforma sindical prevista no pasó durante el primer mandato. Pero ¿no se está realizando poco a poco para llegar dulcemente allí donde querían?

R. A.: ¡Pues sí! Por suerte, en el acuerdo de Lula con el PDT (Partido Demócrata Laborista), el Ministerio de Trabajo ha quedado con Carlos Lupi, que es menos nefasto que Marinho [*antiguo ministro y anteriormente principal dirigente de la CUT*]. Porque Lupi es el heredero de un partido, el PDT, que tiene una ligazón con el antiguo *getulismo*. Para ellos, hacer estallar la CLT (Código del Trabajo) es hacer estallar lo que queda del *getulismo*. Luiz Marinho decía ya, antes de ser reemplazado y de cambiar de ministerio, que la reforma sindical y la del Código del Trabajo se harían a través de pequeños paquetes de medidas. Como no han logrado hacer una reforma amplia en un único gran paquete, los pequeños paquetes nos llegan poco a poco.

P.: ¿Cómo ve usted, aunque sólo sea como ideal, el futuro de la clase obrera y del sindicalismo?

R. A.: La configuración de la clase obrera brasileña ha cambiado mucho. Debemos comprender esta nueva morfología del trabajo. Este ha cambiado mucho en los últimos cinco años: pero si se miran cinco años atrás, el 50% de las y los asalariados brasileños se encontraba ya en la precariedad. Esto quiere decir que casi 50 millones de personas (de una población económicamente activa de un poco más de 80 millones en aquel momento) vivía ya de una forma o de otra en la precariedad. La clase obrera más taylorizada y fordista de los años 60, 70 y 80, y especialmente la de la post-dictadura, ha cambiado mucho. Y en esta morfología del trabajo, los sindicatos se encuentran confrontados a varios desafíos.

Por ejemplo, el trabajo asalariado está hoy compuesto tanto por hombres y mujeres estables como por precarizados, por no hablar del inmenso ejército de parados. El trabajo asalariado presenta igualmente hoy un perfil generacional. En el mundo industrial, jóvenes de 35 años son ya considerados como viejos para el trabajo; elementos de género son igualmente muy fuertes, puesto que la feminización del mundo del trabajo ha sido muy amplia, mientras que los sindicatos siguen siendo muy machistas y presos de la concepción de trabajo estable y muy verticalizado. Hoy, el capital es mucho más horizontal, porque las empresas se han "dispersado". En una empresa que contaba entonces 20 mil trabajadores, hay hoy quienes son miembros de unidades de negocio separadas, que trabajan en red (segmentación de la producción) y empresas que subcontratan, todo eso en medio de una competitividad transnacional intensa.

Lo que coloca a los sindicatos frente a los siguientes desafíos: en primer lugar, deben comprender esta nueva morfología del trabajo y, en segundo lugar, deben representar al conjunto de todos los asalariados, no a un sector u otro. Los sindicatos han sufrido mucho el neoliberalismo en Brasil. Y, paralelamente, debido a una relativa libertad sindical que existe desde la Constitución de 1988, se ha hecho incluso una empresa lucrativa abrir un sindicato. Así, cada día, se abren decenas, centenares de sindicatos. ¿Por qué? Usted monta un sindicato, lo registra, obtiene su reconocimiento, puesto que hay ahora una relativa liberalización que permite la creación de sindicatos, luego éstos vienen a formar una máquina que saca dinero de sus miembros, del cobro sindical obligatorio y del gobierno.

Diría que los sindicatos de izquierda más combativos se encuentran confrontados al desafío de comprender esta nueva morfología del trabajo, de no caer en la disyunción "el sindicato hace la lucha sindical y el partido hace la lucha partidaria". El aspecto más importante del MST hoy es que es un movimiento social que lleva a cabo de forma muy imbricada una lucha social y política. Eso funcione o no, es eso lo que es justo, la lucha social y política. Los sindicatos deben hacer eso. No hay lugar ya para esa disyunción, eso se ha roto. El sindicato debe volver a la lucha central alrededor de las cuestiones vitales, como hacen los movimientos sociales y como deben hacerlo los partidos. Tristemente, los partidos han entrado cada vez más en una lucha parlamentaria absolutamente predestinada al fracaso y han perdido la posibilidad de ser organismos y puntos de apoyo en el proceso de organización popular. O, por decirlo de otra manera, es de ahí donde hay que barajar de nuevo.

Para concluir, no he dicho nunca que la crisis de los sindicatos, en Brasil y en el mundo, se encontrara en fase terminal. Hay efectivamente una crisis, pero las perspectivas de la recuperación de un sindicalismo de izquierdas más audaz existen. En este sentido, el reagrupamiento de Conlutas hace una proposición interesante. No es una organización compuesta solo de sindicatos: pretende ser un polo de apoyo para la organización de luchas populares extrasindicales y esto me parece muy importante. Pienso que la Intersindical marcha igualmente en esta direc-

ción, puesto que ya cuando ésta estaba en el interior de la CUT, estuvo siempre muy volcada hacia la organización de las luchas sociales de base. Y será preciso que avancemos conjuntamente con los demás movimientos sociales, como lo hemos visto en toda la América Latina, en Venezuela, Ecuador, Bolivia y Argentina con la lucha de los trabajadores para retomar sus fábricas en quiebra y la de los movimientos de piqueteros. Hay una nueva morfología de las luchas sociales que debemos acompañar y que los sindicatos deben intentar comprender.

P.: Usted ha mencionado que el gobierno Lula habla muy bien con los pobres, aunque da las mejores oportunidades a los ricos, pero la situación es compleja, puesto que los gobiernos burgueses, por su parte, ni dialogan con los pobres. ¿Con qué tipo de gobierno nos encontramos?

R. A.: Con Lula es en efecto diferente, hay una especie de “semibonapartismo”, en el que los intereses de arriba están absolutamente preservados y garantizados y en la que la relación con las masas puede prescindir de los partidos. Un fenómeno de migración de la base social del gobierno Lula es igualmente evidente. Este gobierno fue elegido con el apoyo de la clase obrera organizada, sindical y políticamente. Pero hoy, Lula está cada vez menos anclado en la clase obrera organizada y cada vez más apoyado por los sectores más pobres de las masas trabajadoras, los que no tienen empleo, trabajan sin organización sindical y política y viven de la limosna degradante que el gobierno les concede a través del programa "Bolsa familiar", que afecta hoy a de once a doce millones de familias, es decir cerca de 60 millones de personas.

Es en este sector donde el gobierno Lula invierte con fuerza, de ahí la caracterización de semibonapartismo. Recuerdo que hace cuatro o cinco años, Lula fue al ABC [región industrial del gran Sao Paulo] y dijo que los obreros de Sao Bernardo [una de los ayuntamientos que forman esa región] constituían una élite, porque pagaban el impuesto sobre la renta. Fue entonces abucheado. Este tipo de meteduras de pata es común cuando Lula va a un encuentro con trabajadores organizados. En cambio, para una familia pauperizada que no tiene trabajo, ni qué comer, ni qué producir, nada, recibir 50, 60 ó 70 reales [un euro equivale a 2,5 reales] por mes permite la compra de la ración mínima necesaria para su supervivencia.

P.: Es decir, que es una capitulación tras otra...

R. A.: Exacto. Pero hay otro elemento igualmente importante: el gobierno Lula ha manifestado su oposición en la votación de la enmienda n° 3 que prohibía a los controladores fiscales del Tesoro Federal poner multas o cerrar las empresas prestatarias de servicio cuando comprendían que la relación de prestación de servicio con otra empresa era en la realidad una relación de trabajo sin contrato de trabajo regido por el Código del trabajo; la aprobación de esta enmienda habría significado un paso muy grave en el proceso de terciarización y de precarización del trabajo. Pero Lula, que es una figura política muy inteligente, ha percibido la importancia del momento. El rechazo a la enmienda 3 fue muy meditado. El gobierno Lula debe haber puesto en la balanza que estaba perdiendo muy rápidamente su base so-

cial de trabajadores y que se encontraba totalmente en manos del gran capital. Era necesario asegurar ciertos puntos de apoyo porque en caso de una segunda historia de corrupción, podría ocurrir que no disfrutara ya del apoyo de esos sectores.

P.: ¿No vivimos un momento esquizofrénico?

R. A.: Es un momento difícil, porque, digámoslo así, la tragedia brasileña reside en el hecho de que el gobierno Lula satisface a los de arriba, las clases dominantes. ¿Quién gana dinero con este gobierno?. El sistema financiero, el capitalismo financiero, los bancos y el gran capital productivo, la compañía Vale do Rio Doce [*empresa gigantesca privatizada a precio de saldo*], la Telefónica y unos cuantos más. El gobierno Lula es el dueño de estos grandes capitales productivos y del sistema financiero.

Y los que pierden en todo esto, son las y los asalariados medios, las y los de abajo. Está claro que si comparamos con el gobierno Fernando Henrique Cardoso (1995-2002), el que tenemos ahora representa una pequeña mejora. Pero nadie ha votado a Lula pensando en un gobierno que lo haría un poquitín mejor que el de FHC. Se ha votado a Lula, al menos en los sectores organizados, para un cambio sustancial, y de eso no se ha visto nada.

Esta oportunidad de cambio se nos ha escapado, el gobierno Lula ha tirado a la basura la ocasión de hacer algo como lo que se está haciendo en Venezuela, donde se ha comenzado desmontando los engranajes de la dominación oligárquica burguesa. O también los cambios que se están produciéndose en Ecuador, que encuentran un cierto apoyo político por parte del gobierno. O también las luchas de los indígenas, campesinos y asalariados en Bolivia que encuentran también un cierto eco a nivel del Estado. Los gobiernos de estos países no tienen el mismo planteamiento político en lo que se refiere a la nacionalización de las riquezas minerales, del petróleo, del gas y del agua. Todo esto, Brasil lo ha tirado a la basura.

El gobierno Lula ha sido capaz de llevar a cabo privatizaciones que el gobierno de Fernando Henrique Cardoso no había hecho. No ha procedido a la revisión de ninguna ley. Recordemos cuando el MST (Movimiento de los sin tierra) llevó a cabo una campaña importante sobre el plebiscito de la Vale do Rio Doce [*campaña por la reestatización de ese complejo siderúrgico e industrial privatizado en 1997*], el gobierno Lula dijo que la situación era intangible, que la historia no iba para atrás, y ese punto ni siquiera entró en las cuestiones tratadas por el gobierno. Es un gobierno tibio, servil, que está completamente maravillado ante las ventajas que ofrece al país su estatus de "gran potencia".

En este sentido, se observa también que en el curso de los últimos años, de forma reiterada, Lula hace referencia, siempre de forma elogiosa, a la dictadura militar. Le gusta decir que fue con el gobierno Geisel (gobierno militar de 1974 a 1979) o el gobierno Medici (el general dictador de fines de los años 1960) cuando Brasil se desarrolló. Evoca la dictadura militar como si ésta constituyera un período positivo de nuestra historia. Esto muestra la tragedia que estamos viviendo.

Y hay entre el primer y el segundo mandato una diferencia que debemos ver claramente. Con el desmembramiento interno del gobierno provocado por la revelación de

las corrupciones, la penetración del escándalo en el interior del PT (Partido de los trabajadores) y hasta el alto mando del partido y del gobierno pasando por la Casa Civil (secretariado de la Presidencia) la oposición de centro derecha se imaginó entonces equivocadamente que todo eso iba a dejar a Lula KO para todo el año 2005, y que en 2006, podría entonces fácilmente dar el golpe final y ganar las elecciones. Quienes hacían tales pronósticos se equivocaron profundamente. Porque la población percibió claramente esto: entre un gobierno canalla como el de Lula y un gobierno canalla, ultraliberalista y sin envergadura como el de Alckmin [*el rival de Lula en las elecciones presidenciales*], el primero era mejor. La población se ha pues tapado la nariz, no ha votado por él en la primera vuelta (Lula obtuvo el 48,61% de los votos), pero en la segunda vuelta, la población se ha tapado la nariz aún más fuerte y ha dicho: "Bien, vamos, votemos por lo menos peor". Y ha dado su oportunidad a Lula.

Había entonces también, por motivos más o menos conocidos, una imposibilidad de nacimiento de una oposición de izquierda ampliada. Hubo ciertamente un proceso electoral y Heloísa Helena obtuvo siete millones de votos -lo que es muy significativo para una candidatura a la izquierda de la izquierda-, pero, con todas las dificultades encontradas en aquel momento, era más una candidatura para marcar un contrapunto que para arrastrar a las masas del país. Eso debido al hecho de que la presencia de Lula, conquistada en 30 años de luchas sociales, tenía aún fuerza en el imaginario popular.

P.: ¿El prestigio histórico de Lula dificulta la resistencia?

R. A.: Está claro, porque la población dice: "Al menos intenta hacer y no llega". Pero no es eso, no está intentándolo. Al contrario, lo que ha hecho o más bien lo que ha hecho el gobierno, porque Lula en sí no es más que una parte de esta historia, lo ha hecho magistralmente bien, en relación con un Fernando Henrique Cardoso que, en la óptica de las clases dominantes, no había hecho las cosas más que razonablemente bien. El gobierno Lula es el que las clases dominantes no han imaginado nunca que sería. Continúa garantizando la buena vida a los ricos. Hay que recordar que dijo un día: "*Nunca los ricos han ganado tanto dinero en este país como bajo mi gobierno*". Y lo dijo con orgullo. Esto lo trágico: esa caracterización de su gobierno que Lula subraya con orgullo.

www.alencontre.org

Traducción: *Alberto Nadal*.